

con ellas va mi ensueño, va también mi esperanza
y el ideal peregrino que motivó mi andanza!
Que cuando cante, cante en su lengua canora,
la gloria del que lleva por los largos caminos,
coronando el arnés el yelmo de Mambrino;
la gloria del que ataja por senderos inciertos,
amparando doncellas y desfaciendo entuertos!
La gloria del que viaja y encarnando una idea
y es caballero andante de amor por Dulcinea!
Y en su alma quede presa, de la caballería,
el alma luminosa, flor de acción y poesía!
¡El fierro de mi lanza pondrá en su vibración
el ensueño de gloria que me ha dado razón!

* *

Miraba don Quijote a un hidalgo sonriente
que de arrugas, tenía muy surcada la frente,
y con gesto solemne exclamó de repente:
«¡Debiste precederme! Señores, don Miguel
de Cervantes Saavedra, entre nosotros se halla!
Sonríe bondadoso, pero yo sé que ante El,
toda pluma se rompe, toda lengua se calla!»
Cervantes así dijo: «Proseguid don Quijote,
y dejad que mi vena por tus palabras brote.
Yo ofrendaría la espada, no poseo otra cosa
ya que es la única gloria de mi vida achacosa!
Yo ofrendaría la mano que perdiera en Lepanto,
el metal de mi risa o el oro de mi llanto!».
«Las armas y las letras honraste por igual,
la espada de Lepanto, fundid, Manco Inmortal!»,
exclamó don Quijote y continuó exaltado:
«¡Don Miguel de Cervantes, Jefe de los hispanos,
forjaste con tu verbo los destinos arcanos
de todos los que hablamos en lengua de Castilla,
y al idioma sonoro que es gracia y maravilla
le diste la armonía y el oceánico acervo!
En el principio fuiste ¡oh Cervantes, el Verbo.
Si la sangre gloriosa del de Vivar se agita
en las gentes hispanas y en sus pechos palpita,
y por ella sentimos hálitos de epopeya,
tú nos diste la lengua, pura, graciosa y bella,
que desbordó de Iberia, remozó en nuevos vasos
y fué delirio y alma que habló en el Chimborazo!...»

Callaba don Quijote: Cervantes sonreía...
¿Dolor, ironía, orgullo, qué en su sonrisa había?

Se destacó del grupo otro hidalgo: iba envuelto
en su lujosa capa; con gesto desenvuelto
arrancó de su pecho la Cruz, que condecora
el Ingenio del Fénix que renace en las horas,
y al torbellino hirviente orgulloso la arroja.
¡La llama de la hoguera fulge entonces más roja!
Cervantes, lo miraba con gran gesto de asombro:
¡el hidalgo alcanzaba con la cabeza a su hombro!
«Que tenga esta campana la voz de la poesía,
el genio de mi tierra que es toda fantasía,
que en su metal se fundan, espada, flor, estrella,
amor, galantería, romance y epopeya.
Que entre sus voces fluya cual manatíal sonoro
mi verso que celebra la hazaña y el decoro!»
Esto dijo el hidalgo: El hidalgo era el gran
Lope de Vega Carpio, de la Orden de San Juan.
Se acercó don Quijote con aire cortesano
al gran Lope de Vega y le besó la mano.
«Beso esta mano ilustre que realzara ella sola,
el genio de mi raza en la escena española:
esta mano que rige la espada y el soneto,
prendas del caballero que es galante y discreto!
Tus millones de ritmos le darán al metal
de esta campana, el tono de su voz musical,

¡sugestión melodiosa, por cuya hechicería
fresca estará en la raza la flor de la poesía!»

(Aplauden al Quijote con grave aprobación,
Calderón de la Barca, y Tirso, y Alarcón!)

Bolívar

Se oyó un galope rudo, tumbar, como un gran trueno;
los Caballeros miran al horizonte; pleno
de bríos, tempestuoso, avanzaba un corcel,
y Bolívar venía caballero sobre él.
Como una ala de cóndor la capa le aletea
y la espada le brilla cual si fuese una idea.
«¿Es Amadís de Gaula que torna de una hazaña?»
pregunta don Quijote, alzando la visera:
y Mio Cid santiguando su faz adusta y fiera,
contesta: «¡He aquí a Santiago, patrón de toda España!»

Bolívar llega; para de un seco golpe el potro:
se desmonta de un salto; tintinean sus medallas,
y con gesto de mando que subyuga a los otros
Caballeros, avanza muy cerca de la hornalla,
tanto, que su gran capa roza el metal hirviente
y las llamas parece que le quemán la frente;
¡una frente montuosa con resplandores rojos
bajo la cual deliran ralgampagueantes ojos!
Desciñe de su cinto la espada que aprisiona—,
el Cid cree ver en ella la gloria de Tizona—,
y antes de que la sume al borbotar sonoro
de los bronzes fundidos, cual si consigo mismo
hablase, ebrio de ensueño y sombrío de abismo—,
dice así con voz grave al sorprendido coro:
«Soy retoño del vasco: de la Iberia potente
por mis venas circula, generosa e hirviente
la sangre de caudillos; ¡sangre de rebeldía,
impulso de la vida que es lucha y alegría!
¡Mi vida es esta espada! ¡Yo la alcé contra España
y tajé la cabeza de su orgullo y su saña!»

¡Se estremece el Quijote bravo como un león;
bajo el peto de hierro pugna su corazón!

«Contra todos los pueblos de la tierra la alzaré
si todos se opusieran contra el destino para
impedir que mi cóndor de los Andes altivos
desplegara sus alas y ascendiera hacia el sol!
¡A España le dí almas, donde tenía cautivos!
¡Yo renuevo la gesta del solar español!»

Don Quijote prorrumpo: «¡Oh genial Caballero,
funde en estos metales la gloria de tu acero!»

«¡Alma de Hispanoamérica, yo te ofrendo mi espada!
¡Ella trazó en los tiempos tu destino! ¡Encantada
y ardiente como el alma mía! ¡Yo te la entrego
purgada en mis dolores como dantesco fuego!
¡Que su temple de acero dé cohesión a tus razas,
ya que sangres distintas se mezclan en tus casas.
Que el ideal de Justicia que te confió el destino,
haga de ti el símbolo, vencedor y divino,
que una todos los pueblos de la América Mía,
en una sola fuerza de Ideal y de armonía!
De armonía en la Justicia y en la eterna verdad
de las naciones fuertes, que aman la Libertad!»

¡Así dijo Bolívar y al metal tumultuoso,
abandonó su espada con un gesto glorioso!